

ELOGIO (Y VITUPERIO) DE LA LECTURA

José María Mátas

Poeta

Lectura impartida en el Centro de Estudios sobre el Exilio de Vélez-Málaga el 17 de junio de 2009

1

Muy buenas noches señoras y señores. Muy buenas noches, Mercedes.

Antes de nada, debo reconocer que todavía no tengo muy claro si mi presencia aquí hoy está mínimamente justificada. Muchos otros podrían desde esta tribuna intervenir con mejor provecho ante tan destacado auditorio, y hablar de libros, con mayor conocimiento.

No puedo preciarme además de ser amigo de quien aquí nos convoca. Sencillamente, no he tenido la oportunidad de cultivar tal sentimiento.

Sin embargo, los escasos encuentros que con Mercedes Junquera he mantenido hicieron que cuando recibí por parte de la Sociedad de Amigos de la Cultura el ofrecimiento de acompañarla esta noche, ni lo dudara un instante.

El primero tuvo lugar, si no recuerdo mal, hace tres o cuatro años en Torre del Mar. El medio en el que trabajaba celebraba la final de un concurso radiofónico sobre *El Quijote* dedicado a los escolares de la Axarquía, y tuve el placer, gracias a la mediación de Antonio Serralvo, siempre dispuesto a echar una mano en aquello que se le pida, de compartir con Mercedes jurado.

De la competencia profesional de la profesora Junquera poco puedo añadir; pero aquella mañana conocí a un ser cercano que, para mi sorpresa, parecía mantener intacta su capacidad de asombro con todo cuanto sucedía alrededor.

En un mundo (y nada tiene que ver con la filosofía) plagado de escépticos y cínicos me resultó refrescante una presencia así, la de alguien que habiendo estado, como se dice coloquialmente, de ida y vuelta, mantenía en toda su figura el leve temblor de quien se enfrenta en cada momento a la sorpresa de lo nuevo.

Con este antecedente, no me sorprendió algún tiempo después, en este mismo escenario, y curiosamente también en la compañía de Antonio Serralvo, verla desplegar generosas dosis de energía para poner voz a textos de Joaquín Lobato durante un homenaje que al alimón ambos le tributaban.

Entre medias, sobre todo gracias a mi hermana Mariana —a quien le debo buena parte de mi condi-



Mercedes Junquera

ción como lector— entre medias, digo, ya había sabido de su impulso al frente del club de lectura de la SAC y de cómo todavía un puñado de seres estafalarios, como si de héroes bradburianos se tratara, se reunían periódicamente para hablar de libros.

Pero, como digo, mi conocimiento de Mercedes Junquera, no da para mucho más. Pero al margen de otras consideraciones, estoy convencido de que compartimos una pasión. Es esa pasión precisamente la que permite que ella, como merecida homenajeada, y yo como humilde glosador, volvamos a encontrarnos.

2

Esa pasión, claro, son los libros. O más concretamente, la literatura.

Y quiero pedirle prestado esta noche un poco de ese entusiasmo y vitalidad que le he visto ofrendar en esas ocasiones, para compartir con todos ustedes algunas impresiones sobre esta materia, lo que, ahora que lo pienso, en presencia de tan entendido público,



Jean Paul Sartre

no deja de ser un riesgo, si no una insensata temeridad. No llegará mi osadía, en cualquier caso, a intentar impartir ningún tipo de lección ni charla erudita. Ni es el momento ni seguramente, doctores tiene la Santa Madre Literatura, sea yo la persona adecuada, a riesgo de que terminen aplicándome aquel mote de Maestro Ciruela, ése “que no sabía leer y puso escuela”.

Únicamente me propongo hablar de libros desde un punto de vista nada doctoral, ni profesoral ni profesional. Sino desde la óptica de quien, no habiendo dejado de ser un estudiante toda su vida, se tiene a sí mismo como un autodidacta.

Y deseo partir de una imagen que siempre me ha obsesionado desde que cayó en mis manos la fascinante autobiografía —tan fascinante que detiene la narración a los 12 años—, de quien fue durante un buen tiempo uno de mis autores de cabecera: Jean Paul Sartre. En más de una ocasión ya he referido este pasaje, pero no puedo evitar volver a traerlo aquí y ahora: Decía el filósofo francés en *Las palabras*:

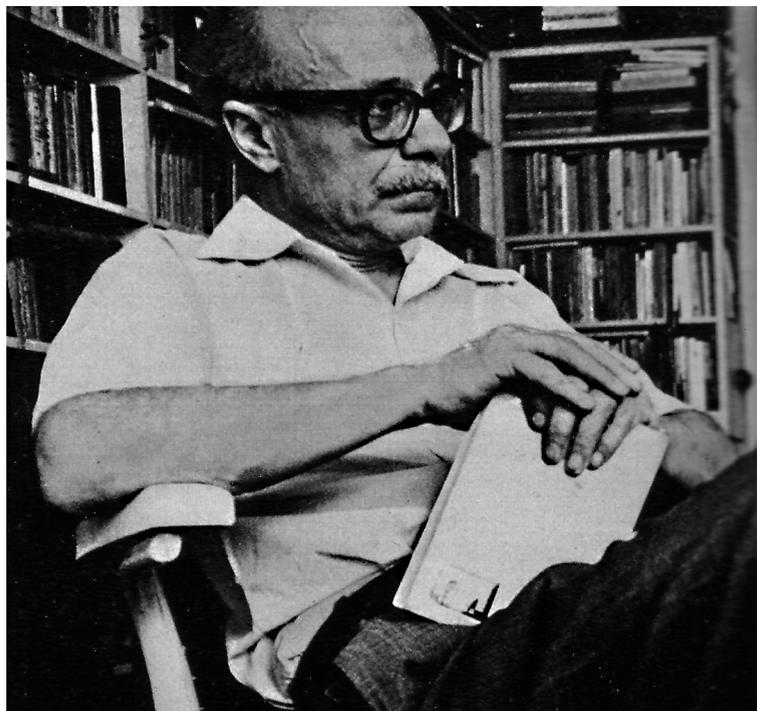
“He iniciado mi vida como la acabaré: entre libros. En el despacho de mi abuelo los había por todas partes; estaba prohibido quitarles el polvo salvo una vez al año, en octubre, antes de comenzar el curso. Todavía no sabía leer y soñaba ya con aquellas piedras sagradas: rectas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas, formando avenidas de menhires”.

Siempre he acariciado esa imagen. Y cuando con el paso de los años he podido ir viendo multiplicarse los volúmenes en mis estanterías siempre ha acudido a mi mente la ilusión infantil de Sartre. En mi casa, de niño, los libros no atestaban las paredes pero tampoco eran infrecuentes. Recuerdo los lomos de

algunas enciclopedias escolares; una serie de libros de construcción de mi padre, algunos de esos volúmenes de hojas amarillas, medio descosidos y de tapas de color naranja y crema, de la editorial Bruguera; alguna que otra colección de novela, como la de “Obras maestras de la Literatura Contemporánea” de Seix Barral, que después con los años he tratado de ir recomponiendo por mi cuenta en las librerías de segunda mano; y cómo no, las ediciones de los clásicos de Verne y los tomos de Superhumor de Ibáñez que marcaron mis primeros años.

Todo lector lo sabe. La imagen de la biblioteca es subyugante. Nadie le ha sacado más partido que Borges, quien a su vez terminó convertido en otra imagen, ésta de pesadilla: la del bibliotecario ciego. En Borges pensaba Umberto Eco a la hora de dibujar el personaje de Jorge de Burgos en *El nombre de la Rosa*; y también el escritor de *El Aleph* sacudía la imaginación de otro argentino, Ernesto Sábato, cuando recreó ese inframundo orquestado por los invidentes en las cloacas de nuestras ciudades dentro de una de las más grandes ficciones de todos los tiempos: *Sobre héroes y tumbas*.

La biblioteca, en cualquier caso, es símbolo de vida, de inteligencia, de posibilidad de Verdad. Representa la civilización frente a la barbarie de los iletrados. Todos los libros, aun los más mediocres, incluso los más potencialmente nocivos, caben en sus anaqueles. Es un caladero que no cesa de reproducirse, de *relinkearse* que diríamos ahora. La biblioteca es un arma de creación masiva, y por eso siempre se encuentra amenazada por la censura, el fuego o la tiranía del Libro único. Pues la *Biblia* o el *Corán*, como *El capital* o *Mi lucha*, caben en cualquier estante, y es más, deberían estar presentes en cualquier colección que se precie; pero, ojo, como ciertas especies de perros, según el propietario, corremos el riesgo de que



Ernesto Sábato

por la noche, mientras dormimos, estos libros grandes y terribles se tiren a la yugular de sus vecinos, los pusilánimes *Madame Bovary*, *El extranjero* o *Lolita*.

Porque la literatura es todo lo contrario a un mar en calma. Es un territorio a menudo hostil en el que se dirimen batallas cruentas, dentro y fuera de las tapas de los libros. Acaso marginada, con frecuencia ultrajada, pero también respetada o temida, la literatura ocupa un lugar destacado dentro de la sociedad. A los escritores se les pide opinión sobre los más diversos temas y las ferias del libro se convierten en verdaderos mega-eventos que mueven a masas.

Sin embargo, creo que a veces le atribuimos a la literatura una importancia que no tiene.

Yo había llamado a esta intervención, apresuradamente, supongo que por las resonancias erasmistas del título: "Elogio de la lectura", pero conforme avanzaba moderé mi entusiasmo; me dí cuenta de que más que un elogio lo que me iba saliendo era un vituperio. El que nace de la creencia de que la literatura goza en ocasiones de un prestigio inmerecido. Trataré de explicarme.

3

Suele decirse que los libros nos hacen mejores y que, por lo tanto, aquellas personas que se han instruido o han recibido una esmerada educación, tienden naturalmente hacia el Bien y podrían llegar a ser, como decía Antonio Machado, en el buen sentido de la palabra, buenos.

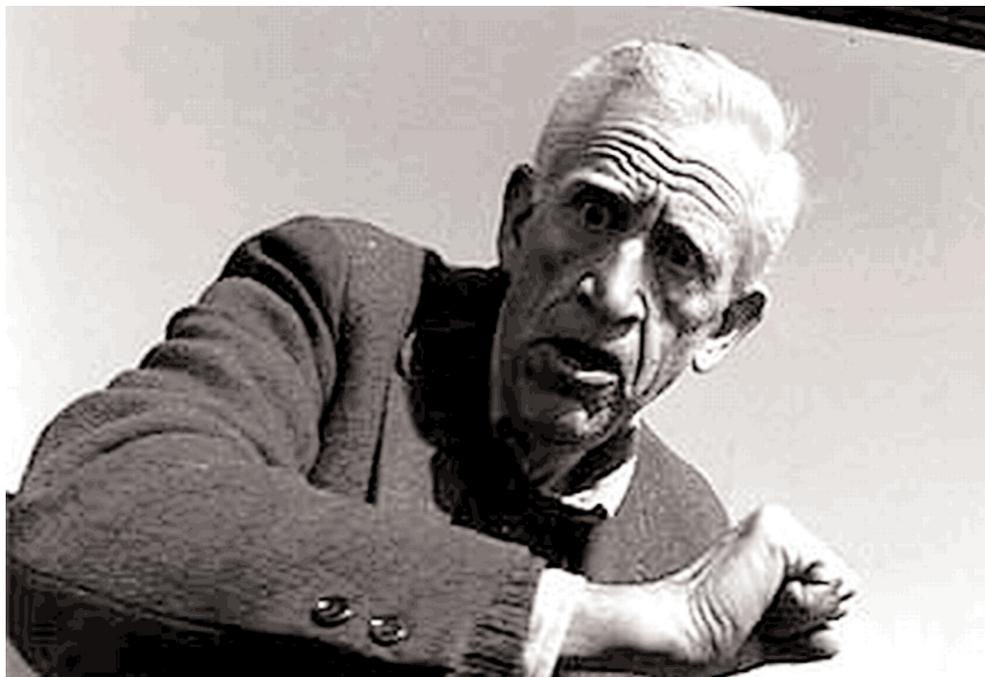
Pero, ¿cómo sostener tal cosa sin ruborizarse aunque sea ligeramente?

Para aceptar tal extremo tendríamos que dar por bueno que todos los libros son iguales, y por lo tanto igualmente susceptibles de causar una buena impresión, sea lo que sea que entendamos por buena.

Tampoco estoy diciendo lo contrario. El influyente crítico estadounidense Harold Bloom ya sostuvo que Shakespeare no nos haría mejores, pero tampoco peores; así que mucho me cuidaría yo de atribuirle poderes maléficos a un libro, aunque éste se llame *El guardián entre el centeno*. Imagino que saben de la aureola maldita que rodea a la novela de Salinger después de que Mark Chapman, el asesino de John Lennon, lo llevara consigo (y al parecer lo había leído más de una decena de veces) cuando el 8 de diciembre de 1980 acabó con la vida del ex Beatle a la puerta de su residencia en el edificio Dakota de Nueva York.

Mejor, pues, no creer en libros malditos. Sobre todo cuando, como en el caso citado, todo el mundo sabe que la culpa fue de la CIA y de sus programas de control mental.

En fin, de lo que hablo es de la decisiva importancia de elegir bien los libros, y si puede ser, como saben los profesores que nos acompañan, desde edad temprana. Decía ese gran maestro latinoamericano de la lengua española, ese príncipe caraqueño de los ingenios llamado Andrés Bello, y lo decía no en un ensayo, ni en un artículo periodístico, sino en el Código civil de la República de Chile, que "*lo mismo cuesta poner en manos del niño un libro que otro, y la diferencia es grande por lo que toca a sus efectos, entre el libro que acostumbra el entendimiento a ideas claras, y el que le habitúa a pagarse de palabras; entre el libro que ejercita desde los primeros años la inteligencia, y el que la entorpece y ofusca...*"



D. J. Salinger

Por lo tanto, no vale simplemente con que leamos. Es más importante lo que leamos. Y siempre será preferible una sabia ignorancia a una docta estupidez. Pero al margen de esta evidencia, los libros no nos hacen necesariamente mejores por algo que ha descrito muy bien George Steiner. El hecho de que "nosotros llegamos después". "*Hoy sabemos —y cito a este gran humanista— que un hombre puede leer a Goethe o Rilke por la noche, que puede tocar a Bach o a Shubert, e ir por la mañana a su trabajo en Auschwitz*". El cine, que es palabra en acción, ha recreado en todo su dramatismo esta escena. La de oficiales nazis tocando con gran sensibilidad el piano mientras por la ventana de la habitación alguien acaba de ser lanzado al vacío. En *La lista de Shindler*, por ejemplo, el horror se abre paso entre las notas mientras se produce la

evacuación del gueto de Varsovia; en *La solución final*, docudrama de la BBC que reconstruye el encuentro en el que los gerifaltes del III Reich tomaron la decisión de aniquilar a todos los judíos de Europa, vemos a uno de los responsables de la infamia hablar del “Quinteto en Sol mayor” de Schubert en términos conmovedores, incluso cursis, mientras explica la necesidad de “limpiar” en primer lugar Alemania; en *El pianista*, tam-



Imagen de la película *El Pianista*

bién suenan los acordes entre la devastación; existe una tensión constante entre la extraordinaria capacidad de evocación de la música germana y la miope y delirante voluntad homicida de ese mismo pueblo que tantos genios del arte alumbró.

La belleza y la destrucción. Edith Piaf sonando en el megáfono mientras los soldados aguardan al enemigo. El rojo de las rosas, como preludio al rojo de la sangre; la novena de Beethoven como parte del cóctel de música, violación y ultraviolencia en que se mueve la existencia de Alex de Large, el joven de 18 años protagonista de *La naranja mecánica*.

Una vez más, Eros y Tánatos como caras de una misma moneda.

La Belleza con mayúscula enfrentada al Mal absoluto.

“La muerte y la doncella”. Como el célebre cuarteto de cuerda de Schubert; o como la obra del mismo nombre del dramaturgo chileno Ariel Dorfman en la que se basó Polanski para contar el drama de una mujer que, tras haber formado parte de la disidencia en una de las sanguinarias dictaduras latinoamericanas del siglo XX, se encuentra un día con que uno de sus torturadores, quien solía poner esta pieza del maestro austriaco durante los abusos, es invitado inoportunamente por el marido a cenar en su casa.

No, cuando las cenizas que llegan a la puerta misma del antiguo hogar de Goethe, allí donde Bach componía y Lucas Cranach pintaba, llevan impresas el negro color de la muerte que sale de las chimeneas de Büchenwald; cuando en las universidades los descendientes de Lessing o Kant, jalean al Imperio de los Mil años, cuando las humanidades se vuelven inhumanas, no puede decirse, sin candor, que el conocimiento nos haga mejores.

Adorno decretaría la imposibilidad de la poesía tras descubrir la magnitud del Holocausto. Sin embargo, un poeta judío se resitiría a sumirse en el silencio devastado de su tiempo. “*Porque un poeta no puede dejar de escribir, mucho menos si es judío y su idioma de escritura el alemán*”, dijo Paul Celan. Del desgarramiento de su voz rota saldrían algunos de los versos más tristemente celebrados del siglo.



El poeta Paul Celan

En su poema más conocido, “Fuga de muerte”, hace referencia precisamente a los músicos judíos obligados a tocar mientras sus compañeros cavaban fosas.

“Los astros y los hombres vuelven cíclicamente”, decía Borges. Y, así todo lo anterior no conseguiría impedir que hoy, lectores judíos de Celan, puedan mirar para otro lado mientras al otro lado del muro, otro pueblo es humillado, sus cementerios ultrajados, sus pasaportes marcados...

4

De modo que, si no mejores, ¿los libros pueden hacernos, por lo menos, libres?.

Resulta frecuente también escuchar esta aseveración. El conocimiento os hará libres. Suena muy bien. Sin embargo, yo me atrevo a sugerir que no siempre es así. Ni siquiera en los libros. ¿O de qué le sirvió a Hamlet saber que el amante de su madre, su tío, era el asesino de su padre? Cuánto sufrimiento no se habría ahorrado con sólo ignorar ese hecho por otra parte irreversible. Y si elijo al príncipe danés es además porque él ejemplifica de qué modo el conocimiento, como afirmaba Nietzsche, mata la acción. Es saber que muchas veces paraliza y confunde, que envenena. Hamlet es además, el personaje trágico moderno por excelencia, porque no es ya un hombre de acción

—como tampoco lo es en el fondo Alosa Quijano, otro lector extraviado— sino un ser meditabundo, reflexivo, melancólico. Hamlet es el que lee. Reparen en este detalle que se hace visible en la obra casi desde el inicio, allí donde después de encontrarse con el fantasma de su padre “Hamlet entra leyendo un libro”.

El hombre que duda lee, y el hombre que lee duda. Por eso, Hamlet, el que asciende hasta las



Hamlet en la versión de Sir Lawrence Olivier

estanterías de la biblioteca familiar como una cabra entre peñascos, el que se ríe del valor de las palabras, representa la modernidad.

Ricardo Piglia, en un sugestivo ensayo sobre y para lectores apuntaba sobre el pasaje mencionado: “No sabemos qué libro lee, y tampoco interesa. Más adelante, Hamlet descarta la importancia del contenido. Polonio le pregunta qué está leyendo. “Palabras, palabras, palabras”, contesta Hamlet. El libro está vacío; lo que importa es el acto mismo de leer, la función que tiene en la tragedia”.

El astuto Ulises, ese otro gran embaucador, ese portentoso encantador de serpientes, ese otro adelantado a su época, aún necesitaba del movimiento, del viaje, pese a que estuvo ausente veinte años —diez guerreando en Troya y otros diez navegando. En cierto modo, hubiese preferido no tener que regresar a Ítaca. El reposo continuado le espanta. Hamlet, sin dar un paso, se encuentra en medio del torbellino y lo peor es que vislumbra que ese mismo huracán de palabras, de esgrima verbal, de metaliteratura, será el que termine llevándoselos a todos por delante.

En cualquier caso, la tragedia, así la shakespereana, como la griega, se construye en torno a ese eje del conocimiento/desconocimiento o de la ignorancia/revelación. Pero, si nos fijamos, los protagonistas, lejos de poder recibir gozosos el providencial rayo del descubrimiento, terminan cegados por la luz de la verdad. Hubieran deseado, como los habitantes de la caverna, seguir viendo sombras fatuas en la pared antes que alcanzar la certidumbre de que, como Edipo,

nos hemos casado con nuestra madre después de haber asesinado a nuestro padre.

Y éste suelen ser el tipo de verdades que nos cuentan los libros. Los buenos libros, éstos que en vez de simplemente aspirar a dejarse recorrer como el agua que la mano atraviesa, sin dejar huella, se nos quedan adheridos durante mucho tiempo, puede que para siempre, a los pliegues de nuestra percepción. “La cultura —escribió Friedrich Schiller en *La educación estética del hombre*—, lejos de darnos la libertad, desarrolla en nosotros, con cada nueva potencia que evoca, una nueva necesidad”.

Los libros, así lo entiendo, son víctimas de una inquietante paradoja: la de no hacernos más libres pese a ser el territorio de la libertad por excelencia.

Y quizá esto no sea en sí malo. Decía John Stuart Mill que “vale más ser un Sócrates descontento que un necio satisfecho”. Yo estoy de acuerdo con esta afirmación aún a riesgo de terminar convertido en un necio insatisfecho.

5

Porque también está por demostrar que la lectura nos haga más sabios: Schiller, al que acabo de citar, alertaba del peligro de que la letra muerta terminara tomando “el puesto de la inteligencia viva”.

También advertía el autor de *Don Carlos* o de la *Oda a la alegría*, originalmente llamada *Oda a la Libertad*, como saben letra del himno europeo con música de un tal Beethoven, advertía, digo, del peligro de que una memoria ejercitada fuese finalmente guía más valioso que el genio y la sensibilidad.

De esto no hay por qué preocuparse, pues como sabemos se ha convertido en un riesgo anacrónico habida cuenta del descrédito que ha sufrido la memoria en nuestros días. Lo que de por sí no hubiera representado ninguna catástrofe si ese “genio” y esa “sensibilidad” que Schiller reclamaba, hubieran llegado a florecer. El resultado, a la vista está y sobre el mismo no me voy a extender. Pero sí quisiera apuntar aquí —y creo que no encontraría lugar más adecuado que este Centro de estudios sobre el Exilio—, la contradicción que supone que quienes más han luchado por recuperar la “memoria histórica” hayan sido los mismos que más han contribuido a desprestigiar las facultades memorísticas como parte del aprendizaje.

No sé cómo alguien podría celebrar la conmemoración del nacimiento de la II República sin haber aprendido, memorizado, que fue un 14 de abril de 1931. Y no sé qué de malo pueda tener el que un niño aprenda versos como aquellos de Rubén Darío:

*Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.*



Representación de *Natán el sabio* de Lessing

Versos que podrían hacerle un buen servicio a cualquiera de nosotros cuando somos despedidos hacia la arena de alguna isla desierta, de esas que con frecuencia aparecen en el horizonte de nuestras vidas. Mnemósine, personificación de la memoria según la mitología griega, era la madre de las nueve Musas. Y esto sería ya de por sí suficiente aval para recibir de nosotros un mejor trato.

Quizá sea esto a lo que llaman “memoria selectiva”. Modestamente, yo, con mi mala cabeza, y en este laico altar de la memoria, reivindicó las dos. Y me atrevo a pensar que María Zambrano estaría en esto de acuerdo conmigo.

El caso, por retomar el hilo de nuestra argumentación, es que los libros no tienen estrictamente que ver con la sabiduría.

Lessing (no Doris, la escritora británica), sino la gran figura de la Ilustración alemana (un escritor, por cierto, bastante poco estudiado en nuestro país salvo por profesores como Agustín Andreu, conocedor éste también de la obra de Zambrano, así como editor, del último poemario de Joaquín Lobato desde la Politécnica de Valencia); Lessing, decía, había reparado en este hecho, que fue una constante tanto en el plano personal —como revela su correspondencia—, como en su obra —como pone de relieve la lectura de *Natán el Sabio*—. De este modo escribiría con gran claridad: “*Llámase erudición a la riqueza de ajena experiencia que se obtuvo de los libros. La experiencia propia es sabiduría. El mínimo capital de ésta vale más que millones de aquélla*”.

En definitiva, que los libros, y según qué libros, volvemos a insistir, nos pueden hacer cultos, pero no sabios. Y lo primero, con determinadas condiciones porque, si hablamos de cultura, habremos de recordar el famoso ejemplo de Snow, que consideraba que un

hombre que no hubiera leído a Shakespeare bien podía ser un inculto, pero no más inculto que el que desconoce la segunda ley de la termodinámica, pues ambos están ciegos ante realidades equivalentes. *Touché*.

6

Parte del prestigio de los libros en general y de la literatura en particular se deriva también del hecho de que son útiles. Sí, las novelas, las poesías, los cuentos, sirven para algo. Cumplen un fin. Igual que el horno calienta el pan; y el cemento pega los ladrillos, los libros, dicen, tienen una utilidad.

Pero, por más vueltas que le doy, no veo qué tiene de útil *La muerte de Virgilio* de Hermann Brösch o *La Montaña Mágica* de Thomas Mann. Estos dos incluso resultan demasiado voluminosos para calzar una mesa y su papel, a diferencia del de periódico —el de algunos periódicos que no citaré es excelente para éstos y exclusivamente para estos menesteres—, es un pésimo envoltorio.

El arte, de este modo, parece que no tiene mucho que ver con la necesidad.

El propio Sartre se preguntaba agobiado: “*¿De qué sirve un libro mientras un niño muere de hambre?*”.

“Para nada”, le respondería Ernesto Sábato, quien se identificó durante un tiempo con el existencialismo del francés. Ni *La Náusea* ni la Fenomenología de Husserl; valen para nada. Pero a diferencia de Sábato, que siempre antepuso en el terreno artístico lo estético a lo político, el autor de *El Ser y la Nada* construyó una teoría del hombre “en situación”, comprometido, que en la línea de la ortodoxia comunista que de manera intermitente compartió —aunque mucho menos rígida en un primer momento—, abogaba por un posicionamiento ideológico del escritor en su obra, es decir por utilizar los recursos literarios para favorecer una determinada ideología.

De manera general, dos corrientes se han opuesto. Las podríamos enfrentar así: el compromiso frente a la “torre de cristal”; la literatura esteticista frente a la combativa; la evasión frente al realismo. En poesía, de un modo bastante artificial, defensores de las llamadas poéticas de la experiencia, por un lado, y de la diferencia, por otro, también se enredaron en una estéril polémica no hace mucho en nuestro país.

Y si bien, en este tipo de batallas literarias —que esconden con frecuencia, motivos diversos (ideológicos, comerciales, estrictamente personales...)—, no suele haber vencedores ni vencidos, casi siempre terminarían dándole la razón a Benedetto Croce aquellos que pensaban como él que “*El arte que depende de la moral, del placer o de la filosofía, será filosofía, placer o moral, pero no arte*”.

La obra de arte, dice Steiner, lleva consigo “*el escándalo de su azar, la impresión de ser un capricho ontológico*”.

De ahí que aquellos que hayan querido poner la literatura al servicio de una idea, sea de una Revolución, o de un bando en guerra, no hayan generalmente conseguido articular una obra de considerable valor.

No me opongo al compromiso ni en la vida ni en literatura. Pero es cierto, por mucho que a los defensores de la pasión igualitarista este pensamiento les incomode por aristocrático (y puede que lo sea), que casi siempre las mejores obras de escritores comprometidos suelen ser las menos comprometidas. Lo podemos ver en el caso de Sartre: *Los caminos de la libertad*, obra de tesis con la que da un giro a su vocación de escritor, no aguanta la comparación con *La náusea*; ni en teatro su *Nekrasov* soporta un pulso con *Las manos sucias*.

La guerra civil española es un perfecto ejemplo de cómo talentos ejemplares fracasan a la hora de utilizar su arte a favor de una ideología. Muchos intentaron pintar el *Guernica* de la literatura, pero no tuvieron en cuenta que el éxito del cuadro del malagueño estaba en la universalidad de su mensaje. Los bombardeos de Guernica podían valer para los de Dresde, Hiroshima, Vietnam, Sarajevo, Irak. Pero el poema de circunstancias escrito de manera apresurada para

inflar la moral del propio bando, podía ser muy apasionado, pero generalmente carecía de vigor artístico.

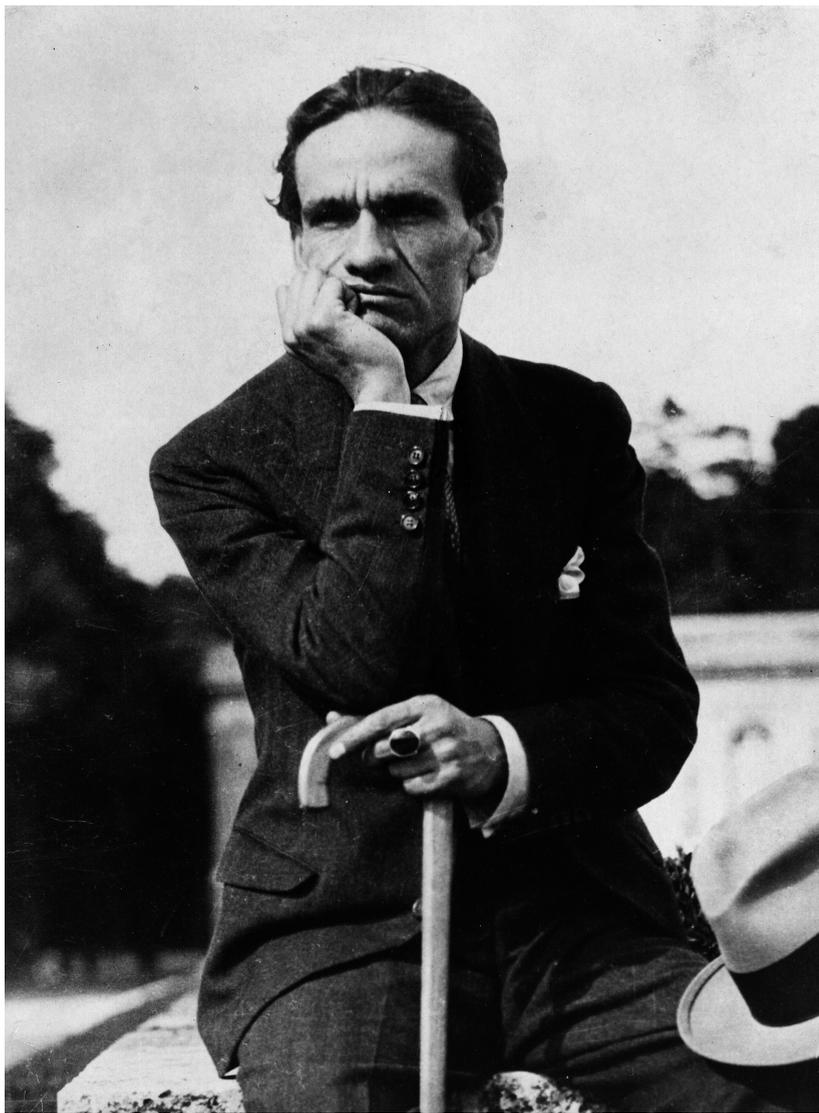
Así vemos como el magistral Alberti de *Sobre los ángeles* naufraga en algunos poemas que tienen el valor de retrato de una época, pero que no están a la altura de su trayectoria anterior; o como hasta César Vallejo, que acababa de parir algunos de sus mejores versos, recogidos más tarde como *Poemas Humanos*, mezcla raptos de genio con una lírica ramplona en su acalorado *España..., aparta de mí este cáliz*, obra de circunstancias en la que sella su compromiso con el bando republicano.

La literatura no tiene que ser aséptica, ni darse una ducha de supuesta neutralidad. Esto sería como negar la capacidad de todo lenguaje de interpretar el mundo y ya decía Alfonso Reyes, recordando a Aristóteles, que no es lo mismo llamar a Orestes el matador de su madre o el vengador de su padre. (Los periodistas le han sacado un partido inmenso a esto a la hora de "enfocar" las noticias). Sabemos, por tanto, que el infierno está empedrado de muy buenas intenciones y que un lenguaje desposeído de connotaciones, de colores, de aristas, acrítico, sería en todo caso un *neolenguaje*, como el que intenta imponer el Gran Hermano en la novela de Orwell.

Pero, tan dañino es este extremo como el contrario. Si Velázquez fue más que un pintor de corte, y por tanto, trascendió la dimensión de fotógrafo del absolutismo es por todo lo que hay más allá del encargo. Y lo mismo podemos decir de Goya. Cuando Neruda, se olvida de que quiere transformar el mundo con su poesía es cuando ésta vuela más alto y; en el último término, suelen ser las obras que nacen del desengaño de una ideología más que aquéllas con fin propagandístico, las mejor acabadas. Pienso en *El tambor de hojalata* de un Günter Grass que revive el ascenso del nazismo y en *El cero y el infinito* del heridamente desolado Koestler.

Pero, incluso en estos casos, al final, el arte, el de verdad, no resulta demasiado útil. Estamos así con Vargas Llosa, que después de sumergirse en una de las grandes historias de la literatura universal llegaba a una descorazonadora conclusión: "*No hay manera de demostrar que Los miserables haya hecho avanzar a la humanidad ni siquiera unos milímetros hacia ese reino de la justicia, la libertad y la paz al que, según la visión utópica de Víctor Hugo, se encamina la humanidad*".

En esto, y sería hoy probablemente en lo único, coincidiría con su antiguo amigo Gabriel García Márquez, que si bien ha seguido una trayectoria divergente en lo político a la del peruano, y pese al apoyo



Cesar Vallejo

explícito e inquebrantable al régimen cubano que ha profesado, nunca llegó a contaminar su impecable estilo literario con soflamas ni propaganda.

Igual tuvo algo que ver el que sufriera en carne propia la humillación de ver censurados algunos pasajes de su novela *Cien años de soledad* en la Unión Soviética.

7

Dando por bueno todo lo anterior, que es mucho dar, aún alguien podría saltar y decirme: vale, de acuerdo, pero leer es muy entretenido.

Créame si les digo que de entre todos los adjetivos que se le puedan adjudicar a un libro, éste es el que más nervioso me pone.

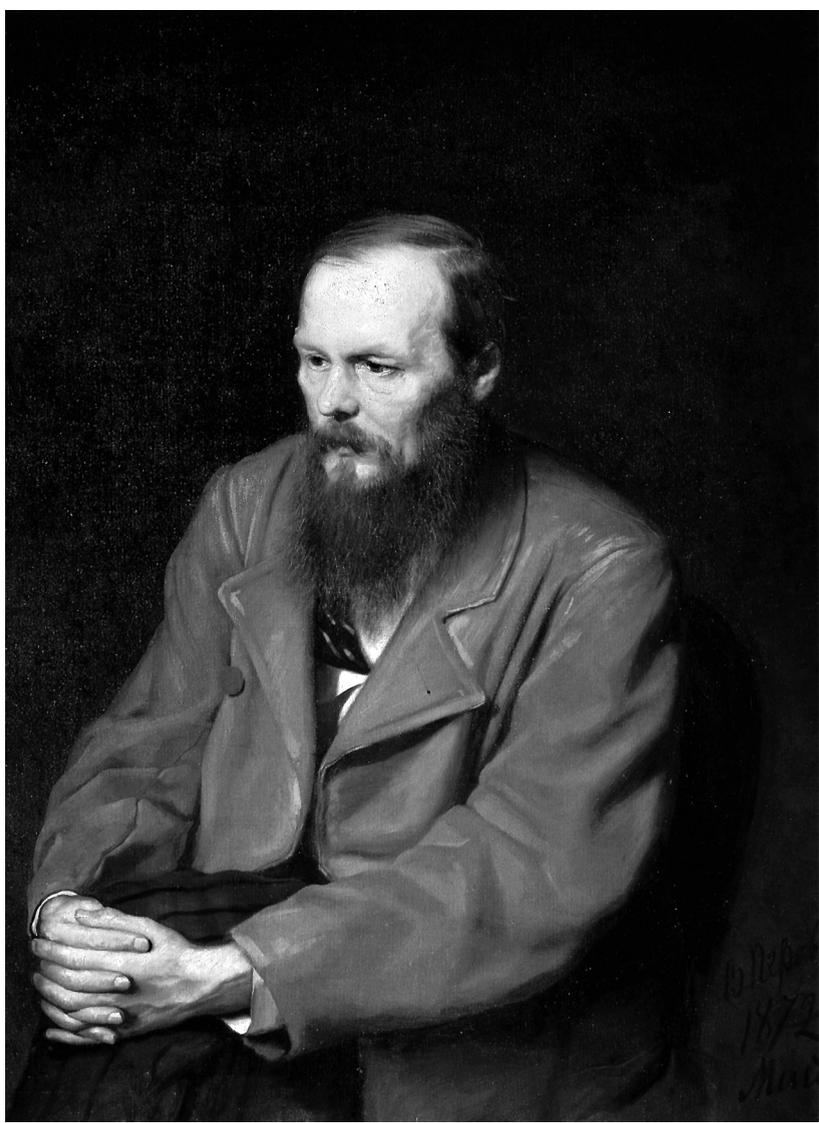
Será porque no me imagino que Kafka o Chéjov escribieran para que nosotros echáramos un buen rato, como hoy se jactan muchos de los escritores del momento o así se encargan de vender sus editoriales.

Pero, no hace falta irse tan atrás, ni tan lejos. Pensemos en esto: ¿escribía para entreternos el Joaquín Lobato que nos regaló su, para mí, más emocionante libro: *El aroma del verano en el vuelo*? Antonio Serralvo, la propia Mercedes Junquera y otros muchos de los que están aquí que tuvieron la suerte de conocerlo mejor que yo, podrán corroborarlo. Pero, yo no lo creo.

Y esto, lejos de lo que pudiera pensarse, o escribirse, no es una reivindicación del sufrimiento ni de la mortificación. Aunque, tampoco todo lo contrario. Quiero decir, existen autores más reconcentrados y otros más expansivos. Unos más oscuros y otros más joviales. Unos más densos, tensos, introspectivos y otros más vivaces y livianos. Y entre la corriente menos fatalista, abismada, si queremos decirlo así, se encuentran algunos de mis escritores predilectos. No estoy pensando en Jorge Bucay ni en Paulo Coelho, precisamente; me refiero más a Stevenson, Kennedy Toole, Hasek o el propio Bryce Echenique.

Pero, ni siquiera éstos creo que escribieran sus libros para que nos lo pasáramos "guay". Dickens o Balzac, el mismo Pérez Galdós, Cervantes, por supuesto, pueden llegar a ser autores muy amenos, pero su lectura trasciende del mero entretenimiento y no resulta equivalente a practicar otro tipo de actividades ociosas, como construir castillos con palos de helado o pescar viejas latas de refresco en los límpidos ríos de España.

La lectura entregada de un libro puede generarnos la sensación de que se ha parado el reloj. En este sentido pocas cosas se igualan a sumergirse entre sus páginas y tras levantar la cabeza del volu-



Retrato de Feodor Dostoievski

men, descubrir, al mirar por la ventana de la habitación, que ha anochecido. Pero es un error, considerar a la lectura, a la buena lectura, como un mero y trivial pasatiempo.

Porque, además, no toda la lectura es divertida. Suele ser casi siempre al revés. Los libros que más nos enriquecerán serán aquellos que más esfuerzo hayan requerido de nuestra parte. Como el alpinista que se crece ante las adversidades de la subida (el frío, las pendientes, las tormentas imprevistas) al lector le gusta ponerse retos. Así se enfrentará a obras que lo situarán también al borde del precipicio, pondrán a prueba su resistencia y le permitirán a su vez acceder a nuevos territorios, colocarle al pie de nuevas cimas. Y, así, si Joyce o Proust o son los Alpes, la buena poesía, pese a la suave orografía que parecen insinuar sus versos, será el Everest.

8

Hasta aquí, digamos, el vituperio. Pues aunque no nos haga mejores, ni más libres, ni más sabios, aunque no siempre sea una diversión, a quien le ha sido inculcado el virus de la lectura, sabe que está condenado.

El lector tiene dentro de sí una tenia de insaciable voracidad que no cesa de exigirle más y más sustento. A veces, claro está, tanta ingesta termina causando algún que otro desajuste.

Yo mismo, durante una época leí tanto y tan seguido a Dostoievski que salía de casa embozado con

el abrigo cruzando rápido el portal para que no me viera mi casera, a la que debía dinero. Luego me daba cuenta de que ni tenía casera, ni era ruso ni vivía en el siglo XIX.

En cualquier caso, cada uno con sus manías y desvaríos, con sus preferencias, adhesiones y rencores, los lectores forman algo así como una gran secta. Y nada resulta más fácil que reconocernos unos a otros. A nuestro lado, en un bolso, en el coche, sobre la mesa de la oficina, aparece un libro.

Seguro que a ustedes también les ha pasado el echar esa mirada de soslayo para ver lo que está leyendo aquella persona que, sentada en la playa, se inclina sobre las páginas de un volumen, generalmente de esos baratos, de bolsillo. O han pasado en el autobús la mirada por encima del hombro de aquel señor o de aquella señora buscando captar una pista que nos ayude a identificar el título o el nombre del autor.



Virginia Woolf

Puede que también más de una vez se hayan sentido observados. Hay lectores a los que les puede la vanidad, y como quien presume de estrenar unas gafas Gucci o de un bolso Loewe, lucen palmito en forma de volumen recién comprado. Existe, claro, el indiferente a las miradas ajenas, el lector total, ése que no se despega del libro que tiene entre manos así el suelo se le mueva bajo los pies. Y también es frecuente el tímido que, consciente de que el objeto de su lectura no es muy políticamente correcto, trata de disimularlo. Como aquel que tras ser pillado leyendo *La filosofía en el tocador* de Sade entre viaje y viaje en autobús, desistió de poder ser visto en público con *Las 120 jornadas de Sodoma* de este mismo autor, que a la postre con-

sumió tranquilamente, si tal cosa fuese posible, en casa.... Aunque, esto es algo que solo me han contado. En el fondo somos lo que leemos y muchas veces leemos lo que somos. Queramos o no, al igual que lo que comemos nos transforma, nuestra alimentación intelectual también nos modela. Y llega incluso a manifestarse en nuestro físico, en nuestras facciones, en el modo de mirar o de hablar. Podemos, por ejemplo, intuir así a simple vista si a alguien le gusta la novela histórica o el teatro del siglo de Oro, incluso, si me apuran, si es más de Lope o de Calderón.

Esto vale para todos. Pensemos por ejemplo en Cristiano Ronaldo. ¿A que no tiene pinta de frecuentar mucho a Pessoa? Quién sabe. Quizá algún día nos sorprendamos al saber que es un enamorado de los sonetos de Shakespeare. ¿Quién sería entonces su *dark lady*: Nuria Bermúdez, Paris Hilton, Álex Ferguson?

De acuerdo, es probable, que la nueva y rutilante estrella del Madrid, a la que tantos éxitos deportivos le deseo por otra parte en su nueva etapa, no sea un lector muy entusiasta. Vamos, que es como Victoria Beckham, autora tan dotada para la literatura que fue capaz de escribir un libro sin previamente haber leído ninguno. Bueno, como Ana Rosa, pero sin pudor. Vale, como Ana Rosa.

Por eso es tan importante que todos sepamos responder adecuadamente a la pregunta qué leer.

9

Y si hasta este punto, nuestro itinerario no ha sido un camino de rosas, aquí ya corremos el riesgo de extraviarnos.

A la hora de elegir un libro, a qué hacemos caso, ¿a lo que nos dicen los suplementos literarios de los periódicos? Sabemos que incluso los más prestigiosos practican una especie de *apartheid* hacia títulos y autores, por el mero hecho de pertenecer a sellos de la competencia. Si la crítica no nos inspira confianza, ¿quizá, debamos acudir entonces a las obras premiadas? Podrían ser una buena guía si no fuera porque nos acompaña la duda de si muchos de los jurados de estos premios digamos que tienen en cuenta criterios extra-artísticos a la hora de seleccionar al ganador, por no decir que con frecuencia se han otorgado a dedo, como sabemos gracias al testimonio de autores que han reconocido que habían sido invitados a presentarse al concurso de marras, porque ya lo tenían "ganado".

A los *bestsellers* les acompaña además la sospecha de que suelen ser de una calidad como poco discutible, en la presunción, con frecuencia acertada, de que el gran público suele dejarse llevar por la facilidad, la comodidad, la superficialidad... Yo, personalmente, no tengo nada en contra de los libros que venden mucho. *Cien años de soledad*, *La ciudad y los perros*, *Pedro Páramo*, *Rayuela*, *Vida y destino* o *El Quijote* son lo que llamaríamos "superventas".

Habría que precisar, por lo tanto, que el problema de determinados libros muy vendidos no es su condición de *best-seller*, sino que son muy malos. Enmascarar con una pretendida erudición histórica una trama simplona, propia de culebrón, no te convierte en un buen novelista. Cada semana aparecen decenas, puede que cientos de novedades ambientadas en la Edad Media, algunas de ellas, tienen enormes tiradas, pero se necesitan décadas para que aparezca una novela como *El nombre de la rosa*.

Seguimos, por lo tanto, sin encontrar un norte, y casi zozobro cuando recuerdo aquel corolario de Virginia Woolf, quien afirmaba: “*el único consejo que una persona puede darle a otra sobre la lectura es que no acepte consejos*”.

No seré yo quien desobedezca a la autora de la portentosa *Orlando*, pero en un panorama editorial como el nuestro, en el que cada año se publican cientos de miles de libros en nuestro idioma, de ellos unos 70.000 solo en España, creo que resulta obligado que algunos de nosotros, cuantos más y cuanto antes mejor, hagamos una profunda reflexión sobre la literatura y la industria cultural.

Inundar las librerías de obras objetivamente mediocres mientras decenas de autores de mérito son dados de lado, cientos o miles de obras de ésas a las que les convendría el calificativo de imperecederas son enterradas, y grandes textos aguardan a ser reeditados o traducidos, es una más de las tristes paradojas de nuestro tiempo.

¿No haríamos mejor en preservar nuestro patrimonio literario y contribuir a que sigan saliendo escritores de calidad antes que dejarnos arrastrar por la indiscriminada corriente de lo nuevo? ¿O acaso podemos considerarnos lectores sin haber leído *La Odisea*? Si no queremos vernos obligados a vagar por los bosques como los personajes-libro de Bradbury, huyendo de un fuego que esta vez no será ya real, sino símbolo de un tiempo inflamado de palabras e imágenes, deberíamos empeñarnos en hacer oír lo que merece la pena, entre tanta verborrea, devolviéndole a la palabra su verdadero significado.

Quizá no tengamos que ir tan lejos como Flaubert, quien en carta a su amante —así lo contaba Nabokov a sus alumnos de literatura—, hacía la siguiente observación: “*Qué sabios seríamos si sólo conociéramos bien cinco o seis libros*”.

Estas cinco o seis obras ejemplares, más otras cuantas, no demasiadas, formarían algo así como la “lista de supervivientes” que según Harold Bloom conformaría el canon occidental. Un ramillete de autores y títulos que son el abc de las letras.

Repito que esto puede que sea exagerado, entre otras cosas porque no todos estamos igualmente capacitados ni tenemos por qué colocarnos cada vez que leemos la doble lente del crítico, pero sí es una observación pertinente si nos ayuda a tomar conciencia de que nuestro tiempo es escaso y que, consecuentemente, debemos saber sacarle el máximo partido.

Y esto pasa por entregar algo de uno mismo en cada lectura, exponerse, jugársela, leer sin prisa, leer a los maestros, releer, desterrar de nosotros el síndrome de la mesa de novedades. Como decía el genial ensayista venezolano Mariano Picón Salas: “*es necesario leer a los autores que murieron hace más de cincuenta años para descubrir la sencilla verdad de que el mundo no comienza con nosotros y que muchos de los que llamamos pedantemente los “problemas contemporáneos” son cuestiones de siempre*”.

Kafka lo expresaría de forma brillante en lo que supone quizá el mejor tratado de estética que servidor haya encontrado. Con él, dándole las gracias a todos por su atención y paciencia, a la Sociedad de Amigos de la Cultura por su amable invitación, y agradeciendo muy especialmente a Mercedes Junquera el que me haya permitido acompañarla en un acto tan especial como éste para ella, concluyo. Decía Kafka: “*Si el libro que leemos no nos despierta como un puño que nos golpeará en el cráneo, ¿para que lo leemos? ¿Para qué nos haga felices? Dios mío, también seríamos felices si no tuviéramos libros y, podríamos, si fuera necesario, escribir nosotros mismos los libros que nos hagan felices. Pero lo que debemos tener son esos libros que se precipitan sobre nosotros como la mala suerte y que nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio. Un libro debe ser como un pico de hielo que rompa el mar congelado que tenemos dentro*”.

Muchas gracias y buenas noches